

POST-PORNOGRAFÍA Y POST-UNIVERSIDAD

Benjamín Mayer Foulkes

CONVOCATORIA UNIVERSITARIA A LA PORNOGRAFÍA

¿Cuál es el interés y la importancia de convocar a la pornografía al ámbito universitario?
¿Bajo qué condiciones sería posible la llamada “normalización” del estudio de la pornografía? ¿Qué tan próximo está el día en que tendremos el privilegio de escuchar largas disquisiciones académicas sobre la pornografía en boca de académicos polvosos?

Más allá de la falta de costumbre; más allá de los prejuicios, existen otros obstáculos, menos evidentes, más complejos y cuya ponderación, me parece, no carece de interés y de importancia. La pornografía no puede dejar de resultar inquietante, en un sentido u otro, aun cuando ya no sea buscado el efecto de su excitación (después del sexo, por ejemplo). Imposible permanecer indiferente frente a la pornografía, en un sentido o en otro. Y su inquietud no se despliega sólo en su interioridad o inherencia, sino también en su arco exterior, esto es, en su irrefrenable capacidad para propagar sus efectos, en todos los sentidos, a lo largo y ancho de los tejidos sociales e institucionales que quieren contenerla. El carácter corrosivo de la pornografía se manifiesta en intensidad como en extensión respecto a sus propias manifestaciones concretas.

Hoy les propongo pensar un poco sobre esa inquietud extensiva de la que es capaz el *porno*, su facultad de perturbación siempre expansiva que bien pueden conducirnos hoy en dirección de interrogantes de urgente actualidad, relativas a las especificidad de la imagen pornográfica y de la pornografía más ampliamente, entendida ya no sólo como un

género sino como una *retórica*, capaz de desplegarse heteróclitamente en y mucho más allá del registro visual. Es la noción de pornografía a la que me atenderé en seguida: el tropo que caracteriza una presentación o representación que aparenta mostrarlo *todo*, hasta el final y sin reserva; en el campo visible, una suerte de ícono pretendidamente absoluto. Perspectiva que no es ajena a la del Roland Barthes de *Cámara lúcida*, para quien la imagen pornográfica consiste en una imagen *unaria*, primaria y autorreferencial, de la que es posible distinguir la imagen erótica, entendida como una imagen pornográfica *fisurada*.

Así pues, la imagen pornográfica sería aparentemente *sin fisura*, el simulacro de una imagen absoluta, e incluso *doblemente absoluta*. Primero, porque la pornografía no sólo fingiría mostrar el sexo al desnudo, es decir, mostrar aquello que ordinariamente se retrae y se disimula. La pornografía finge mostrar el sexo sin ropajes – pero los *making of* de las películas porno son la demostración de que lo visto por el espectador no es más que un montaje, una escenificación, una ficción. Segundo, porque la operación pornográfica misma consiste en hacernos creer que el sexo, la relación sexual, sería en primer lugar *mostrable*. Pero ese extenso trabajo de campo que llamamos psicoanálisis (en la perspectiva que va de Freud a Lacan, y de Lacan a Freud) ha dejado en claro que el sexo, la relación sexual, es precisamente eso que, en el momento mismo de dar lugar a la simbolización, se resiste de sí a la articulación simbólica: presentar y representar es, siempre, voluntad de presentar y representar el sexo; y no puede presentarse o representarse lo que da lugar en primera instancia al presentar y al representar.

Tras su aparente inocencia, la pregunta por la “normalización” del estudio de la pornografía entraña una importante gravedad crítica, teórica y analítica. La cuestión subyacente a tal interrogación es: ¿es “normalizable” la simbolización e lo que no puede simbolizarse? Pregunta exorbitante sobre lo exorbitante mismo – así como por las posibilidades de su aprehensión; a la que respondo de inmediato: no, desde luego que el estudio de la pornografía no es “normalizable” - lo que no hace sino multiplicar los motivos para impulsar dicho estudio decididamente.

PORNOGRAFÍA Y CEGUERA

Todo lo anterior deriva de las reflexiones que en 17, Instituto de Estudios Críticos me, y nos, impulsaron a convocar el coloquio *Residuo (in)visible: tráfico y pospornografía*. Nuestro interés tenía que ver con una triple intervención, en los ámbitos la imagen, el saber y también de la propia institución universitaria. Ahora, de nuevo, es lo que me parece estar en juego en este magno evento propuesto por Ensamble Húmedo, por Marianna Palerm y Luz Elena Aranda, quienes, adicionalmente, han tenido el tino de añadir a tales horizontes el factor crucial de la relación de la mujer con la pornografía y la pospornografía.

Para avanzar en nuestras reflexiones, resulta esclarecedor poner en relación, contrastar, la pornografía con la ceguera. Si en un inicio la pornografía parece consistir en una imagen sin falta, de su lado la ceguera parece implicar la falta llana de imagen. Sin embargo, así como la pornografía no es propiamente una imagen absoluta sino sólo su simulacro, por su parte la ceguera no es carencia total de relación con la imagen: si el

ciego no tiene acceso a lo visible, siempre puede tenerlo a lo visual. Así lo demuestran en el mundo entero los ciegos con actividad fotográfica.

Ahora bien, de entre todas las imágenes producidas por los fotógrafos ciegos, hay una que aquí reviste un particular interés: el autorretrato del fotógrafo ciego. ¿En qué podría consistir tal autorretrato? Sorprendentemente, el autorretrato del fotógrafo ciego bien podría considerarse el paradigma de toda imagen.

Demos cuenta de tal gigantesca afirmación. Si en todo acto de fotografiar se juega algo de la economía libidinal del fotógrafo, entonces toda fotografía es, de algún modo, un autorretrato suyo. De ser así, el género autorretrato sería entonces el género paradigmático de la fotografía, en la medida en que el conjunto de los otros géneros fotográficos no serían sino variaciones suyas: autorretrato-como-paisaje, autorretrato-como-documental, autorretrato-como-fotomontaje, autorretrato-como-retrato,

La paradoja del autorretrato, como bien señala Jacques Derrida en *Memorias de ciego*, es que nada del autorretrato puede garantizar la asociación entre el retratado y el retratador. El establecimiento de un autorretrato se debe sólo al efecto jurídico de título: "autorretrato". Por consiguiente, todo autorretrato siempre podrá ser el resultado de una falsificación. El género de géneros fotográficos se constituye entonces en torno a un irrenunciable punto ciego.

¿Dónde radicaría entonces la singularidad de ese autorretrato que no es cualquiera, el autorretrato del fotógrafo ciego? En que este autorretrato devela la discontinuidad, el "no hay relación sexual" famosamente por Jacques Lacan, entre el

sujeto retratador y su objeto, el retrato. Porque aunque el ciego retratador sea en efecto el propio retratado, él jamás podrá *verlo* y la afirmación de esa coincidencia, siempre descansará en la mirada de un tercero, alguien facultado formalmente para *dar fe* de tal coincidencia (por ejemplo, un notario), el amigo en quien se tiene depositada la confianza. Al mostrar a las claras la ceguera constitutiva de la propia estructura del autorretrato en general, el autorretrato del ciego se ubica a su vez como paradigma del género paradigmático del conjunto de las imágenes. El autorretrato de ciego es entonces el paradigma del universo posible de las fotografías. Su testimonio es el de la operación efectiva de toda imagen en general, que permanece esencialmente invisible para su propio artífice.

Y si el autorretrato del ciego es, para decirlo retóricamente, el grado cero de la operación icónica, la imagen pornográfica es el grado cero de su goce por parte del espectador, quien vería el ícono con el anhelo de poseer el imposible objeto de la mirada.

¿Cuál sería el sentido de tales cavilaciones hoy?

PORNOGRAFÍA Y CONTEMPORANEIDAD

Viviríamos en la *era de las imágenes*. Por lo que, no casualmente, nos las vemos con una profusión, cuantitativa pero también cualitativa, de imágenes pornográficas. Sabemos de la gigantesca proporción que en Internet ocupan los diversos materiales pornográficos. Pero, además, dentro y fuera de Internet la retórica pornográfica promete y finge escenarios de “plena visibilidad” en todos los órdenes de nuestra vida pública y privada: desde *Wikileaks* hasta las tomografías axiales computarizadas. Más aún, la

profusión casi infinita de géneros pornográficos, accesibles en línea desde cualquier punto del planeta, es acaso la huella de cierta ideología *visibilista* que promueve la mostración del enigma sexual constitutivo de cada sujeto y que, en principio, ha de permanecer oculto en cada uno de nosotros para nosotros mismos, como nuestro inconsciente. El correlato ecológico de dicho *visibilismo* es esa condición planetaria asociada con la polución lumínica que en 2008 la revista *National Geographic* denominó “El fin de la noche”.

Motivos todos por los cuales hoy más que nunca urge impulsar el estudio de la pornografía en todas sus aristas. En un entorno en que lo invisible se ha convertido en una especie en peligro de extinción, la ceguera adquiere una importancia capital. Son legión las implicaciones sociales y subjetivas del *visibilismo*. No casualmente, los amantes suelen recurrir a cierta oscuridad y sosiego para proceder con sus quehaceres: ¿cuál será su destino dentro de un panóptico digital en que la luz no puede apagarse? Frente a dicho panorama, el extrañamiento de la ceguera y las imágenes producidas por los ciegos desempeña un papel ético al erotizar la plenitud pornográfica mediante la introducción de fisuras en su plenitud aparente y gozante (en el sentido de Lacan, ese exceso informe ubicado más allá del principio del placer).

PORNOGRAFÍA Y TEOLOGÍA-POLÍTICA

Retomemos entonces nuestra pregunta: ¿Cuáles son, pues, los escollos que se interponen a la “normalización” del estudio de la pornografía?

Los primarios y primeros son teológico-políticos. El sexo siempre es excéntrico con respecto a la religión y el poder. Clásicamente, las deidades religiosas y políticas encausan lo inasimilable del exceso sexual asignándole un sentido trascendental. Del mismo modo, enfrentan lo inmanejable del goce femenino, radicalmente otro respecto al goce fálico. Por lo menos dos motivos que se interponen a cualquier “normalización” de la pornografía, y también de la pospornografía a la que me referiré en seguida, en los términos de cualquier programática teológico-política.

Habrá que dar cuenta entonces de cómo el mencionado *visibilismo*, que también podemos denominar *pornografismo*, opera tácitamente como ideología del post-capitalismo de nuestros días, esa trama altamente financiarizada de mercados anónimos donde, más que comerciar, se trafica en la medida en que los intercambios no son consignados por la ley. No sorprende entonces el carácter esencialmente apolítico de la aglomeración social, cuya perversión resulta del permanente escamoteo de toda legítima autoridad. ¿Hacen falta más motivos para preocuparnos seriamente con la economía política de la pornografía así como de la retórica pornográfica?

PORNOGRAFÍA Y UNIVERSIDAD

Pero más allá de los escollos teológico-políticos, que son también los del prejuicio, están aquellos otros que nos aguardan en la universidad. Al hablar de la universidad me refiero a la institución clásica y a su discurso, en los términos descritos por Jacques Lacan.

Sin duda, la universidad echa a andar las concatenaciones del saber a partir del eclipse transitorio del poder. Es lo que abre en primera instancia convoca la pornografía a

sus ámbitos. Eso y que el saber bien se fascina con el carácter insondable de “objetos de conocimiento” tales como el sexo y el goce femenino. El problema, mal que nos pese, es que la universidad es hija de la Iglesia e hijastra del Estado, por lo cual el saber se concierne con tales “objetos”... para mejor redimirlos de su condición residual y hacer de ellos entes *visibles*.

Menuda paradoja que el sexo y el goce femenino nos permiten ver a cielo abierto: tales “objetos de conocimiento” no requieren redención, ni siquiera se prestan a ella. Ironía mayor: este saber visibilizador, más precisamente: invisibilizador de la invisibilidad, opera asimismo en clave pornográfica. Si el saber, freudianamente hablando, es siempre tentativa de saber del inaccesible sexo, su ardid *visibilista* no es sino pornografía. Ambos tienen la voluntad de acceder y presentar *absolutamente* el saber absoluto. Por lo cual, contra las apariencias, la relación entre pornografía y saber no es de desencuentro o contrariedad, sino estricta y reflexiva continuidad. El ideal del saber es pura pornografía; la pornografía consumada no es sino saber sin falta. De donde se desprende que la tradicionalmente esperable exclusión universitaria del *porno* es un intento por frenar el esparcimiento de esa materia ominosa que amenaza con develar la naturaleza pornográfica no de éste o aquél saber, sino del saber -hipnótico trampantojo-, del saber en su generalidad.

Nada se opone al estudio académico de la pornografía, salvo la intolerancia universitaria al develamiento del saber como simulacro. ¿Quién es el valiente que declarará pornógrafos a los profesores-investigadores? Tanto mayor motivo para pugnar por la “normalización” universitaria definitiva de la pornología. En nombre de la capacidad

radicalmente secularizadora del gesto, frente a los resabios teológico-políticos de esa, esta, venerable, venérea, institución. ¿Será posible tal cosa? Acaso el relevo de la pornografía a manos de la pospornografía nos brinda en este sentido valiosas claves.

PORNOGRAFÍA Y POSPORNOGRAFÍA

La pospornografía sería la relaboración de la pornografía a sabiendas de sus puntos ciegos y aporías. El objeto de la pospornografía no sería el sexo, sino la pornografía misma. La pospornografía sería la pornografía afirmativa de su constitutivo (auto)engaño. Ennegrecimiento de la pornografía, erotización de la pornografía por vía de su parcialización y fisuramiento, la pospornografía simboliza e imaginariza el sexo a sabiendas de que su labor es estrictamente inacabable. En contraste, todo en la pornografía gira en torno a *acabar*. Asunción de la pérdida de lo absoluto -imposible constitución del sexo- la pospornografía es el cultivo de la falla inherente a la presencia y la representación en su generalidad. A diferencia de la pornografía, que es sostenida y simultánea sustracción y multiplicación de imágenes -y dinero-, la pospornografía es producción de vivencias posibles. La pospornografía es pornografía *subjetivada*.

¿Por qué no pensar entonces que, así como la pospornografía rasga la infinitud aparente del lienzo pornográfico, así también le sería dado a la post-universidad fisurar la pantalla supuestamente absoluta de la universidad y de su saber?

No casualmente el impulso decisivo de la pospornografía ha estado a cargo de mujeres, siendo su emblemático paso concreto el de la *estrella porno* que se ubica en el lugar, tradicionalmente ocupado por hombres, de la dirección. Donde la pornografía se

pierde en los metrajes del falo, la pospornografía pone en juego el desvío de ese otro goce, el femenino, situado más allá del falo – a la vez que más allá de su supuesta carencia o ausencia. Feminización de la pornografía, *visibilización* de su invisible, reconocimiento de la ceguera que es el propio nacimiento de la subjetividad, por igual entre mujeres que entre hombres.

La post-universidad, como la pospornografía: ¿una universidad mujer?, ¿una universidad *subjetivada*?

POSPORNOGRAFÍA Y POST-UNIVERSIDAD

Pornografía sería a universidad, como pospornografía sería a post-universidad. Feliz relevo epistémico del mortífero engaño de lo absoluto por la vitalidad de lo residual. A diferencia de la universidad, la post-universidad no coloniza lo residual: interpela en su nombre -por ejemplo, en nombre del sexo y del goce femenino- al saber. La oportunidad de la post-universidad es la de una academia afirmativa del carácter necesariamente ficticio del saber. La post-universidad es asimismo la universidad sin condición referida por Jacques Derrida, ámbito que consigna “el derecho primordial a decirlo todo, aunque sea como ficción y experimentación del saber, y el derecho a decirlo públicamente, a publicarlo”. Si, como la pornografía, la universidad goza con su saber (subjetivamente) insostenible, la post-universidad, como la pospornografía, *desea*.

La acogida efectiva del porno (pornografía tanto como pospornografía) en la universidad -acogida, mas no “normalización”- pasa por la trasmutación de la institución y de su discurso (de ello vemos ejemplos significativos en la academia anglosajona, donde

los *Porn Studies* han logrado cierto arraigo). Hoy, cuando la universidad estatal, la privada y la independiente se halla al borde del cataclismo digital -cataclismo ya enfrentado por la música, la fotografía y la edición- , no podríamos darnos el lujo de dejar pasar la oportunidad para pensar en una transformación del estatuto del saber y su transmisión pública. Me parece fundamental dar la batalla en nuestro medio por la post-universidad - que es la batalla en favor del estudio de la pornografía y la pospornografía.